
EUCARISTIA DESDE PUEBLA

Rodolfo Eduardo de Roux Guerrero S.J.*

1. Anotaciones sobre el método

El título antepuesto a estas reflexiones quiere destacar desde el comienzo una intención y un método. No decimos, eucaristía *en* el documento de Puebla, como si nos propusiéramos directamente desmenuzar y, en lo posible, sistematizar el material eucarístico contenido allí. Decimos, más bien, *desde* Puebla, enunciando una referencia esencial pero al mismo tiempo cierta toma de distancia respecto de esos mismos textos. Y hubiéramos podido añadir, "Puebla desde la eucaristía", si el título, más que señalar una intencionalidad, debiera expresar también en forma exhaustiva los contenidos subyacentes.

Con lo dicho hemos esbozado ya dos tratamientos posibles de nuestro tema y hemos declarado nuestra opción por uno de ellos. Precisémoslos un poco más, para mayor claridad de lo que sigue; pero no sin antes constatar el dato fundamental de que la eucaristía no constituye por sí misma un objeto de reflexión teológico-pastoral en el documento de Puebla. Ni siquiera allí donde tendría su lugar propio, a saber: en el apartado sobre la Liturgia como medio para la comunión y participación (Parte III- Cp. III -1 nn. 895 ss). Sería incluso interesante estudiar, desde el punto de vista de la historia redaccional de Puebla, el relativo asordiamiento de nuestro tema en el documento definitivo, si se lo compara al respecto con los dos preparatorios, el Documento de

* Doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Profesor de Eucaristía en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana.

Consulta y el Documento de Trabajo (1). Podríamos también al propósito recalcar una deficiencia, si no nos pareciera más importante y más conforme con el espíritu positivo de nuestros Pastores (2), intentar la búsqueda de la novedad eucarística que presentimos en Puebla.

Decíamos pues, que semejante intento podría estructurarse, cuando menos, de dos maneras diferentes, complementarias sí, pero que admiten una cierta separación metodológica.

Un primer método implicaría, ante todo, la recopilación de las numerosas alusiones al Sacramento, dispersas aquí y allá a través del Documento (3), con lo cual se pondría ya de presente una constante eucarística en la visión teológico-pastoral de Puebla. Se podría entonces proceder a un desmenuzamiento reflexivo de lo que allí se afirma en búsqueda de una especificidad eucarística, más o menos orgánica

sin ocultar tampoco las posibles lagunas, e incluso incongruencias, que no se pueden excluir a priori en un documento que "no pretende ser un tratado sistemático de teología dogmática o pastoral" (cf. Presentación p. 35), ni siquiera acerca de los núcleos seleccionados. Aunque no es éste el método que vamos a seguir aquí, tampoco nos hemos ahorrado ese trabajo que consideramos imprescindible para cualquier tipo de reflexión seria y honesta sobre el tema.

Sin embargo, en la convicción de que, limitándonos a ello, arriesgaríamos pasar por alto la más profunda novedad de Puebla en relación con la eucaristía; nos hemos acogido a un segundo método, aun asumiendo el porcentaje de interpretación que implica. Se trata entonces de explicitar una afinidad continua subyacente que, si bien puede aflorar eventualmente aquí y allá en textos más pertinentes, con todo desborda de por sí los límites de aquellos para constituir un espí-

- (1) En el Documento de Consulta (DC) destacamos su aporte para una comprensión sacrificial de la cruz de Cristo, y la importancia que ello tiene con miras a una evangelización adecuada (DC nn. 480-481-483); En el Documento de Trabajo (DT) hallamos una re-lectura del sacramento desde el contexto social latinoamericano (DT nn. 369-370-371).
- (2) Cf. DC nn. 27-29; DT - Presentación n. 3,1 pg. 2; Puebla: Mensaje a los pueblos de A.L. n. 3 pp. 40-42.
- (3) Sin ánimo exhaustivo, señalamos las siguientes: n. 196: en ella vive Jesús exaltado en medio de nosotros; n. 246: significa la realidad profunda de la unidad eclesial; n. 359: celebración cumbre de la fé en la comunidad de los fieles; n. 588: plenitud de comunión y participación para la familia cristiana, y experiencia pascual (n. 592); n. 644: presencia de la globalidad de la Iglesia en la parroquia; n. 661: servicio del sacerdote a la unidad de la comunidad, y referencia del ser y obrar del mismo sacerdote (n. 662); n. 700: centro de la espiritualidad ministerial común a todos los miembros de la Jerarquía; n. 728: en su participación están recobrando los religiosos el sentido tradicional de orar con salmos y textos litúrgicos como lugar de experiencia de Dios (cf. contexto nn. 726 ss.); n. 798: allí debe renovar el laico su identidad cristiana en la intimidad con Dios; n. 852: junto con el bautismo y la confirmación es llamada de Dios a que seamos pueblo suyo, a la comunión-participación, y a la misión evangelizadora del mundo; n. 876: para el seminarista será camino de experiencia de Dios, viviendo en comunión con El por medio de ella; n. 918: en ella la liturgia se realiza como banquete y sacrificio; n. 923: es centro de la sacramentalidad de la Iglesia, presencia plena de Cristo en la humanidad, centro y culmen de la vida sacramental; n. 1183: para los jóvenes significa un encuentro personal con Dios; n. 1225: para los constructores de la sociedad es un recurso a la fuente de la fuerza divina, para no cerrarse a las exigencias del evangelio; n. 1253: para los cristianos en puestos de avanzada es fuente de constante revisión de vida, y fuerza de Dios para su acción transformadora.

ritu y una perspectiva propias, al interior de los cuales debería repensarse la relación evangelización-eucaristía, hoy en Latinoamérica. Ante la amplitud del intento, salta a la vista el carácter provisional, y más que todo programático, de estas reflexiones nuestras. Aspiramos tan sólo a delimitar un área de trabajo para el empeño conjunto de teólogos, pastoralistas y liturgistas en los años por venir.

2. Tesis sobre la relación evangelización-eucaristía a la luz de Puebla

Lo que queremos exponer aquí puede concretarse en las tres afirmaciones siguientes que deberían considerarse en su especificidad propia y, al mismo tiempo, en su complementariedad.

1a. Los contenidos nucleares del documento de Puebla se han elaborado al interior de una perspectiva que *de hecho* coincide en radicalidad con la perspectiva propia y específica del Sacramento de la Eucaristía. Puede entonces hablarse de una Iglesia Latinoamericana que comprende hoy su propia identidad y proyecta su misión evangelizadora en términos eucarísticos.

2a. Pero, así mismo, la reflexión teológico-pastoral de Puebla, en su horizonte histórico-cultural y desde su experiencia de la fé católica típicamente latinoamericanos, ha interpretado en forma muy propia elementos constitutivos del contenido salvífico de la eucaristía. Puede hablarse entonces con verdad de

una re-interpretación auténtica eclesial latinoamericana del Sacramento, así dicha interpretación no se haya explicitado, al menos suficientemente, ni sea tampoco fácil hacerlo en esta primera aproximación al tema, y dentro de los límites de un artículo.

3a. La profundidad de la relación, de hecho lograda, entre esta Iglesia latinoamericana *eucarística* y una eucaristía *eclesial-latinoamericana*, tiene consecuencias importantes a nivel pastoral y litúrgico, y plantea al respecto una tarea de largo alcance a nuestras Iglesias Particulares, con miras a una efectiva implementación de Puebla.

3. Carácter eucarístico de la identidad eclesial y del proyecto evangelizador según Puebla

Adelantémonos a disipar un posible malentendido. No se trata de propugnar aquí una especie de reduccionismo eucarístico, como si se pudiera enclaustrar toda la vida, el pensamiento y la actividad de nuestra Iglesia dentro de la dimensión *sacramental* de este Sacramento, aun reconocido como una prioridad dentro del proyecto evangelizador (Cf. n. 150 y n. 923, párr. 2o.). Ni suponemos, así fuere como mera hipótesis de trabajo, que en la progresiva elaboración del Documento se haya procedido, en forma refleja y tematizada, desde un esquema teórico previo, de origen eucarístico, para iluminar y modelar luego en las categorías correspondientes la identidad y la misión

de nuestra Iglesia. Con lo cual tampoco excluimos la posibilidad (abierto a los historiadores de Puebla) de un retorno más o menos consciente, por parte de sus propulsores eclesiales, a una visión más eucarística de la realidad eclesial, y por ende a una visión más enfáticamente eclesial de la eucaristía, según las pautas constantes de la mejor tradición patrística al respecto.

Sea lo que fuere sobre sus causas y ocasión, el hecho es que, de entre las varias formas posibles de tematización del misterio cristiano que hunden sus raíces en suelo neotestamentario, Puebla ha asumido aquella que de manera privilegiada se significa y se realiza sacramentalmente en la eucaristía. En efecto, tomar como eje teológico-pastoral los dos polos complementarios de *COMUNION* y *PARTICIPACION* (4); y más aún, integrar en ellos la preocupación moderna y latinoamericana por la *LIBERTAD* y por sus exigencias y urgencia de una liberación integral (5); equivale, a nuestro entender, a colocar la identidad de nuestra Iglesia y el dinamismo de su misión bajo el signo de la eucaristía. Se cumple así una vez más, entre nosotros, la convicción de San Ireneo de que en la eucaristía celebramos lo que creemos. Celebramos, como admiración y reconocimiento en gratitud de algo que es esencialmente *don*, y por lo tanto como súplica, a la vez que como acontecimiento, como acogida y

como respuesta. Lo que creemos, vale decir el sentido total de nuestro ser y de nuestro obrar, de nuestro origen y de nuestra vocación, y de nuestra responsabilidad y *tarea* que se encarnan en un estilo de vida y en una acción histórica concretas.

Vale la pena destacar la oportunidad providencial de semejante opción desde el punto de vista de nuestra tradición y de los medios de evangelización de que disponemos. En efecto, en una Iglesia que aspira a tomar conciencia de su legítima autoctonía como Iglesia Particular dentro del ámbito de la eclesialidad católica, cómo pasar por alto que el Santísimo Sacramento aparece ya desde los orígenes como un hilo conductor de nuestra tradición cristiana y como un núcleo en torno al cual se ha venido configurando nuestra vida eclesial, personal y comunitaria, e incluso, en sus momentos claves, nuestra vida social? (6).

Pues desde el punto de vista de la funcionalidad pastoral, nadie negará que la Santa Misa sigue siendo el momento de contacto más amplio de nuestros pastores con la gran mayoría de los bautizados, desde las élites militantes, pasando por el creyente común (sin peyorativos!), hasta los ordinariamente alejados pero que todavía acuden ocasionalmente a ella, ya sea a impulsos de una pertenencia todavía añorada y a las veces de nuevo sentida, ya sea

(4) Presentación pg. 36. Cf. DC nn. 34 a 40 y DT - Presentación. 3.3. pp. 4-5.

(5) Esta perspectiva aparece claramente asumida en los documentos preparatorios, vgr. DC n. 36; DT- Pres. n. 3,3; y es un dato básico en Puebla, así para el sentido de la libertad (cf. vgr. nn. 322-326-327-329) como para una especificación cristiana de la liberación (cf. vgr. nn. 482 a 490)

(6) Cf. vgr. Eduardo Cárdenas. *La fiesta: expresión de fé popular*. Theologica Xaveriana 27 (1977) pp 177-194, especialmente pp. 182 ss.

por simples razones de compromiso social, como los matrimonios y funerales (Cf. n. 946).

Cabe entonces dudar sobre la posibilidad real de una penetración del espíritu de Puebla en la conciencia creyente latinoamericana, a gran escala, sin la correspondiente renovación eucarística, en continuidad con nuestras más caras tradiciones, pero al mismo tiempo dentro de las perspectivas nuevas. Una renovación, por lo demás, urgente dado el desgaste (ojalá no creciente) que nos parece advertir en la vida eucarística de nuestros pueblos, pese al dinamismo de actualización del Concilio y de Medellín. Son en realidad todavía muy graves las deficiencias catequéticas al respecto, sobre todo en relación con los adultos; y no lo es menos un cierto inquietosamiento en los primeros esfuerzos de adaptación ya logrados, y un desajuste remanente de algunos aspectos de la liturgia con respecto a la idiosincracia de nuestras gentes y a prácticas eucarísticas muy caras a la religiosidad popular. Con un peligro palpable de pérdida de sentido, cuando no de su perversión (7).

3.1 De la liberación integral a la comunión-participación como explicitación de la comprensión cristiana del proceso liberador

Al margen del confrontamiento de las interpretaciones, a través de

diez años densos de historia eclesial y latinoamericana, es un hecho asumido y proclamado por Puebla que "en Medellín se despliega un proceso dinámico de liberación integral cuyos ecos positivos recoge la E.N. y el Papa Juan Pablo II en su Mensaje a esta Conferencia" (n. 480). Y bajo este signo ha discurrido, entre logros y conflictos, el quehacer eclesial hasta los umbrales de Puebla. Esta en cambio, con una claridad y constancia impresionantes, desde la propuesta programática del Documento de Consulta (Presentación 4.3 nn. 34-40), pasando por la confirmación del Documento de Trabajo (Presentación n. 3.3), hasta su realización episcopal y su ratificación pontificia en el documento definitivo; asume la categoría evangelizadora englobante de la Comunión y Participación. Ruptura, viraje y retroceso con respecto de Medellín, como se litigó en los agitados meses que precedieron a la Conferencia? Compromiso, como se escucha ahora, que habrá de dilucidarse todavía en la confrontación de éstas o parecidas alternativas: liberación para la comunión-participación, o comunión-participación para la libertad?

Ni nos corresponde, ni hallamos gusto en entrar aquí en el mar agitado de las teologías, las epistemologías y las praxis en conflicto. Sólo la increíble acritud que suelen alcanzar con demasiada frecuencia las disputas intra-eclesiales, puede dar razón de semejantes recelos y antagonismos, en relación cuando me-

(7) Véase la valoración de Puebla de nuestra actual situación en cuanto a la liturgia y a la piedad (nn. 896 a 903 y 910 a 915). En la misma línea el DC nn. 1058 a 1062; y por contraste con las metas propuestas, en el DT nn. 645 a 663. También el Departamento de Liturgia del Celam había estudiado el tema a la luz de Medellín: cf. *Medellín. Reflexiones en el Celam.* - BAC 391 - Madrid (1977) pp. 119-143, especialmente pp. 125 ss.

nos al compromiso eclesial fundamental por una evangelización en talante de liberación integral. Por nuestra parte, preferimos anotar con gozo la correspondencia profunda entre este proceso de auto-comprensión cristiana que va de Medellín a Puebla; y aquel otro que llevó a Pablo, en su Primera Carta a los Corintios (Cps. 8 a 11), a concretizar su visión cristiana de la Libertad en términos de *koinonía*, vale decir en el entrecruce de una comunión muy peculiar con Dios y con los hombres, y a declarar la eucaristía como realización significativa de la misma.

A esta luz se evidencia insubsistente cualquier disyuntiva radical entre liberación integral y comunión-participación. La comunión-participación no es otra cosa que la explicitación de la especificidad cristiana de la libertad integral, como paradigmáticamente se sacramentaliza en la eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana y eclesial (SC 10-Puebla n. 923). Explicitación por lo demás oportuna, incluso desde el punto de vista antropológico y frente a la situación actual latinoamericana. Para qué podríamos desear una libertad concreta (si ello es posible) al márgen de la comunión y participación como constitutivos de una convivencia justa? Y también la ausencia múltiple de libertad concreta entre nosotros no tiene un rostro bien definido de ausencias de comunión y participación, incluso de un bloqueo injusto y sistemático de las mismas? Por otra parte, quizás el mayor riesgo en la Iglesia latinoamericana de hoy es sucumbir al espejismo de una liberación que quiere ser cris-

tiana aun a expensas de la comunión eclesial.

Explicitación también necesaria. Pensamos que el rechazo decisivo y frontal de Puebla se dirige contra el *secularismo* en cualquiera de sus vertientes actuales, en lo cultural y en lo político e ideológico. Ese secularismo que "separa y opone al hombre con respecto a Dios; concibe la construcción de la historia como responsabilidad exclusiva del hombre considerado en su mera inmanencia" (n. 435). Ahora bien, la negación cristiana de la pura inmanencia es afirmación rotunda de una transcendencia del hombre que no se agota en el continuo y sucesivo sobrepasarse a sí mismo con el decurso de una historia siempre abierta; ni se identifica sin más con el ansia existencial de una plenitud anónima que tan sólo se experimenta como vacío y añoranza. Es, por el contrario, transcendencia con contenido, realizada ya, aquí y ahora, así sea en forma incoada e imperfecta, por la participación transformante en una comunión vital que le viene al hombre desde más allá de sí mismo, desde ese misterio englobante y dinamizador que llamamos Dios, reconocido en el rostro de un hombre, Jesucristo, y experimentado en el amor eficaz que nombramos Espíritu actuante en nuestra historia. Comunión-participación que, en cuanto adviene al hombre desde un más allá de sí mismo, paradójicamente lo realiza y plenifica en sí mismo; que nunca lo instala en el nivel eventualmente alcanzado de libertad por comunión, antes bien lo capacita siempre, lo responsabiliza y lo impulsa a la brega inagotable por alcanzar

niveles más amplios y profundos de libertad en la comunión-participación. En definitiva es un ser asumido, y un integrarse responsablemente en un proceso de comunión-participación en expansión histórica y planetaria (8). Y por lo mismo, es un ser-liberado, y liberarse, y liberar creando espacios concretos de libertad para los demás; al ritmo y en la medida de esa comunión-participación primaria con Dios que se autentica en nosotros como comunión-participación consecuente con los hombres. Filiación como fraternidad (9).

Es aquí precisamente donde, a nuestro entender, incide el sacramento de la eucaristía como momento significativo privilegiado de la realización-existencia de esta vocación del hombre a la libertad por la comunión integral. Por Cristo, en el Espíritu, desde y hacia la comunión de todos en el Padre. Es lo que queremos mostrar ahora, así sea sólo a manera de un esbozo rememorativo.

3.2 La Eucaristía, sacramento de nuestra libertad en Cristo como comunión-participación

A través de un proceso milenario de evolución y de transignificaciones sucesivas, Israel logró simbolizar en las categorías rituales del sacrificio y el banquete, del memorial y la bendición, su experiencia

fundamental de fé: "Yo seré tu Dios, tú serás mi Pueblo". El culto aspira a ser significación eficaz de la relación de Alianza, en su concreción histórica y en su trascendencia divina. Es el símbolo de un proceso histórico de liberación integral, otorgada como don y asumida como tarea, que se va realizando en el reconocimiento del Señorío absoluto de Yahvé, al interior de una comunión-participación con El; y no sin revértir, a su vez, a nivel humano social, en el reconocimiento del otro como otro y en la comunión-participación con él en todas las dimensiones de la existencia intra-histórica. Sin embargo, desde la experiencia reincidente de su pecado, Israel acentúa el carácter expiatorio de su culto, al paso que se le devela su calidad de promesa, signo pronóstico de una acción escatológica de Dios que realice en profundidad el Nuevo Exodo y la Nueva Alianza.

El Nuevo Testamento reconoce esa realidad escatológica en la persona y obra de Jesús, el Cristo, sobre el eje englobante de Su Cruz-Resurrección. Se ponen así las bases para un nuevo proceso de simbolización cultural que, retomando las categorías veterotestamentarias del sacrificio-banquete, la bendición y el memorial, las transforma y transignifica en concordancia con la novedad cristológica y pneumatológica que de hecho ha asumido la acción escatológica del Padre. De la Cena de Despedida de Jesús, emerge

(8) Puebla nn. 211 a 219 y su complemento, en términos de liberación en los nn. 480 a 485 - 491 etc.

(9) Puebla n. 482; cf. nn. 321 a 329; 213 a 216 etc.; Presentación pg. 36 donde se cita el DT n. 3.3.

así en el corazón de la Iglesia pas-cual, la Cena del Señor Resucitado donde éste vive en medio de los suyos como Espíritu Vivificante (Cf. Puebla n. 196), y los congrega "como Familia que participa de una sola mesa, donde la vida de Cristo, sacrificialmente entregada, se hace la única vida de todos" (n. 246).

Imposible condensar aquí toda la riqueza de este sacramento de nuestro "permanecer en Cristo". Signo eficaz de nuestro ser asumidos continuamente en El, y de nuestro integramos comprometidamente (en la respuesta de fé) al misterio reconciliador, y por ende liberador de Su Pascua. En el Cuerpo Entregado y la Sangre Derramada, la entrega sacrificial del Hijo al Padre se realiza intra-históricamente como entrega convival a los suyos; y el ser-libre-para-los-demás, de Cristo, se hace en nosotros libertad-liberada para la comunión y participación integrales. No ya, claro está, con la falsa efectividad de un mecanismo, infalible por cuanto necesitante, sino con la eficacia de la gracia entregada a la responsabilidad falible del hombre, como oferta capacitante, como interpelación en poder a la libertad del amor.

Con acentos y matices diferentes, en correspondencia a la peculiaridad de los puntos de vista, tal es el contenido común de la eucaristía de los grandes testigos neo-testamentarios: Pablo, los sinópticos y Juan. Libertad, comunión y participación son allí las tres dimensiones constituyentes de una única realidad: la filiación del Padre que nos viene en Cristo, por el Espíritu, y que nosotros hemos de verificar

en la historia como fraternidad efectiva y universal.

4.0 Re-lectura de la eucaristía desde la experiencia histórica de la fe, hoy en Latinoamérica

Hemos advertido ya que en el documento de Puebla no se hace un tratamiento pormenorizado de la eucaristía. No obstante tenemos la convicción de que allí se han puesto las bases para una relectura teológico-pastoral del Sacramento, y para una renovación litúrgica del mismo; que, reafirmando sus grandes líneas tradicionales católicas, asuma una legítima especificidad latinoamericana, al interior de la coyuntura histórica que vivimos.

Puebla, en efecto, ha señalado los parámetros de su proyecto evangelizador, en una doble fidelidad: a Cristo y a América Latina en su concreción histórica. Duplicidad que debía explicitarse como tal para evitar malentendidos y confusionismos en la comprensión y en la práctica de la fé; pero que, haciéndolo, tampoco pierde de vista una unidad más profunda, a saber: la presencia viva y actuante del Señor Jesús Resucitado, por Su Espíritu, entre nosotros. Presencia, si cabe hablar así, latinoamericana de Cristo, que se significa y realiza en forma preeminente en esta eucaristía que jalona la geografía y la historia de nuestro continente (cf. n. 196).

Esta opción de base por el designio salvífico de Dios en su concre-

ticidad histórica latinoamericana (cf. vgr. nn. 162-163) ha implicado una opción por lo latinoamericano en cuanto tal; por su cultura y sus tradiciones, por sus aspiraciones y sus sufrimientos dentro de un contexto socio-económico y político, familiar etc. muy concreto; por su idiosincrasia religiosa. Ella preside y legitima la opción prioritaria por los más pobres, por los jóvenes; por una acción entre los agentes de cambio en una perspectiva decididamente personalista. Una opción, en fin, que no es sólo aceptación y asimilación, antes bien implica también un momento de rechazo y denuncia, de compromiso militante por la erradicación y superación de todas esas realidades latinoamericanas que, en cuanto atentan contra el hombre y su entorno ecológico, bloquean y pervierten el designio salvífico de Dios.

Esta conciencia aguda, no sólo de la dimensión salvífica de nuestra americanidad, sino también del carácter latinoamericano de nuestra existencia cristiana; confluye en Puebla hacia una especificidad latinoamericana de la percepción teológico-pasotral de nuestra fé católica. Y si somos consecuentes, deberá significarse también suficientemente en la eucaristía, sacramento de nuestra fe.

4.1 Parámetros teológico-pastorales de Puebla:

a) *Perspectiva antropológica*

La apreciación simplista de lo acaecido en Puebla, podría suscitar la sospecha de una re-sacralización

que, por lo demás se juzga anacrónica y muy problemática desde el punto de vista cristiano. No se insinúa allí una añoranza de "cristianidad"? No se reintroduce lo "sacral" como con derechos propios, en andas de la religiosidad popular? El tema, apasionante de por sí, exige un tratamiento detallado que aquí no podemos darle.

Sí debemos afirmar en cambio nuestra persuasión de que en Puebla el rechazo tajante del secularismo es tan sólo la contrapartida crítica de un asumir los valores cristianos de la secularización, si bien desde la peculiaridad de la cultura latinoamericana.

Constatamos, en efecto, una marcada perspectiva *antropológica*. Ni nos parece accidental que esta Iglesia, que quiere ser en forma refleja y consecuente mensajera de un Dios-para-el-hombre, en el servicio a fondo y en totalidad de la promoción integral de éste; haya aglutinado su reflexión programática en torno a esas tres verdades (Cristo, Iglesia, Hombre) cuyo común denominador es la realización del hombre en Dios, y los caminos históricos de la misma. Como anticipación, claro está, de una consumación que ya no cae bajo ninguna planeación pastoral porque es radicalmente don de Dios; y para nosotros, ahora, tan sólo objeto de esperanza, "hasta que vuelva" (I Cor. 11,26), como nos lo advierte nuestra eucaristía peregrinante.

Para un mediano conocedor de los trabajos preparatorios de Puebla, tal y como se evidencia en los respectivos Documentos de Consul-

ta y Trabajo, es clara la autoctonía latinoamericana de esta perspectiva; ni le resta nada, en este sentido, si bien la ratifica felizmente, la orientación coincidente del Santo Padre en su Mensaje inaugural (nn. 1.2 a 1.9).

b) Perspectiva histórico-cultural

Ni se trata de una antropología abstracta y desconectada de la situación, si se sabe leer el Documento, claro está, como una totalidad; antes bien se perfila allí una antropología desde una perspectiva y con unos imperativos de índole histórica y cultural de sello latinoamericano. Es allí precisamente donde la categoría englobante de comunión-participación ejerce a fondo su función articuladora entre la visión universal de la fé católica y su concretización latinoamericana. Dicha articulación ha llevado en Puebla a repensar teológica y pastoralmente esos temas de Cristo, la Iglesia y el Hombre en términos de comunión y participación intra-históricos, en un continente tan ansioso como necesitado de ambas. "Mediante la evangelización —afirma el Documento en forma programática— se trata de restaurar y profundizar la comunión con Dios y, como elemento también esencial, la comunión entre hombres. De modo que el hombre, al vivir la filiación en fraternidad, sea imagen viva de Dios dentro de la Iglesia y del mundo, en su calidad de sujeto activo de la historia". (Presentación pg. 36; cf. DT Presentación n. 3.3.).

Esta historicidad de Puebla se evidencia en su determinación sin ambages por la defensa, promoción

y evangelización de nuestras culturas latinoamericanas (nn. 385-443); en la apropiación crítica de la religiosidad popular, tan íntimamente vinculada con aquellas (nn. 444-469); y sobre todo en el compromiso reafirmado con la liberación y la promoción integrales del hombre latinoamericano, sobre pautas de comunión y participación concretas, a nivel social y estructural (nn. 470-562). Sobra recalcar la incidencia que todo ello está llamado a tener en nuestra conceptualización teológica, en nuestra praxis de vida y de acción, no menos que en nuestra práctica sacramental y especialmente eucarística.

Vaya lo siguiente a manera de ejemplo, y por cierto en relación con la opción prioritaria de Puebla por los más pobres: nuestra vocación humana y cristiana a la comunión-participación, no menos que la acción histórica del Espíritu entre nosotros en ese sentido; no se perciben en Puebla, ni se asumen programáticamente, dentro de un contexto, por así decirlo, neutral, sino desde la conciencia renovada y profundizada de su negación factual, e incluso ideológica y militante, con hondas repercusiones estructurales, en amplias zonas y en múltiples dimensiones de la vida latinoamericana. Todo ésto implica que, a la luz de la fé, en nuestra situación concreta, el pecado evidencia su dimensión de ausencia y rechazo de la comunión fraterna (cf. vgr. nn. 70 y 328); que ésta no será posible en profundidad sino a través de un proceso de conversión (vgr. nn. 164 y 563), que a su vez se especifica como reconciliación; que nuestra libertad en Cristo es una li-

beración que se autentica en términos de un empeño de comunión liberadora a nivel social (vgr. 482); en fin, que el *don* salvífico de la comunión-participación, es entre nosotros esencialmente a su vez también *tarea* de construcción de una convivencia social justa. Libertad y solidaridad, conversión y reconciliación, comunión y participación, dignidad del hombre y señorío absoluto de Dios, tienen para nosotros, en nuestro momento histórico, un rostro y unas exigencias muy concretas, en cuya dilucidación deben ejercer su función iluminadora las ciencias sociales, así fuere dentro de la provisionalidad y el pluralismo de las interpretaciones y de las opciones humanas.

Tal es el ámbito, amplio y complejo, en que sitúa Puebla nuestra reflexión y nuestra práctica eucarísticas.

4.2 Aproximación a algunas líneas especificantes de nuestra eucaristía, según Puebla

La titulación de este párrafo es intencionalmente modesta ante la amplitud del tema y la provisionalidad de este primer intento nuestro de roturar en él un camino.

Por el momento solo podemos señalar grandes líneas, al interior de las cuales se podrá luego ir concretando más, teológica y pastoralmente, una comprensión y una práctica de la eucaristía en el espíritu de Puebla.

Un primer acceso a la especificidad que buscamos puede lograrse

por contraste con los énfasis diversos que han ido marcando la comprensión global de una misma eucaristía, según los diferentes contextos epocales, en el decurso de una única tradición eclesial. Simplificando mucho, puede decirse que la patrística griega, centrada en la salvación como participación de la vida divina, vivió y pensó la eucaristía principalmente como *Pan de Vida*, en perspectiva joanea; vale decir, como signo eficaz de nuestra divinización incoada, prenda de inmortalidad y, en cierta forma, preludeo y anticipación de la gloria celeste. Agustín en cambio, más paulino, y en este sentido corre Puebla, vé en ella el "vínculo de la unidad" y el signo de nuestra identidad, al interior de una *eclesialidad cristológica* y *cristocéntrica*.

La gran escolástica medieval asumió esta doble herencia patrística pero marcándola a su vez de una impronta epocal propia. En efecto, al interior de una teología de salida y retorno a Dios, del hombre, en Cristo; la eucaristía es considerada y celebrada, en forma prevalente, como *presencia actuante* del único Mediador, y como *viático* para nosotros, pan del camino.

Sin negar nada de lo anterior, antes bien asumiéndolo, pero también re-interpretándolo dentro de las perspectivas abiertas por el Vaticano II; Puebla pone las bases para un énfasis nuevo en la comprensión católica de la eucaristía, en correspondencia con las exigencias legítimas de nuestra época. En efecto, Puebla asume ciertamente lo escatológico significando en cualquiera de aquellas interpretaciones auténti-

cas de una misma eucaristía cristiana; pero lo hace a su manera, vale decir acentuando en lo escatológico no ya la dimensión de anticipo de una consumación por venir, sino su dimensión de *realidad actual*, y por lo mismo como sólo comienzo, como perfección alcanzada de lo todavía perfectible, incluso intrahistóricamente; como don, sí, pero no menos como tarea. Es pues presencia y acción divinas para una comunión-participación integrales, y por tanto liberadoras; pero percibidas, con un énfasis peculiar, como capacitantes y exigentes de un proceso de construcción de la comunión-participación liberadoras a nivel fraterno, intrahistórico.

La eucaristía, “raíz y cuicio de toda comunidad, centro de la vida sacramental” (n. 662), resulta siendo así signo eficaz de esta comunión-participación escatológicas en proceso de verificación intra-histórica, “hasta que venga”, vale decir, en la esperanza (así fuere contra toda esperanza) de una comunión-participación final en plenitud, cuando Dios sea todo en todos.

Al interior de esta eucaristía de comunión-participación, hay sin duda, en primer término, un énfasis en la *Presencia* del Señor, vivo y actuante. (vgr. nn. 194 y 923), pero precisamente como *origen* de una comunión-participación reconocida como *don* (lo que llamábamos antes comunión-participación originaria); y al mismo tiempo *capacitación-exigencia* para un empeño nuestro de construir una comunión-participación

consecuente entre los hombres. Es Vida Eterna en nosotros con una “hipoteca social” en nuestro mundo latinoamericano de hoy (vgr. nn. 852 y 1225 o 1253).

Y por lo mismo eucaristía de comunión-participación con un carácter marcadamente *pascual* (cf. vgr. n. 592) y, por ende, *liberador*. Como superación del pecado y de la muerte, no sólo en sí mismos, sino también en sus objetivaciones actuales latinoamericanas, a nivel personal, grupal y estructural; para una comunión-participación en la vida del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, que se historiza hoy también como convivencia justa de los hombres hermanos. Nos parece entonces legítimo leer en clave eucaristía esta conclusión de Puebla acerca de la Dignidad y Libertad del hombre (nn. 321-329): “Tenemos que liberarnos de este pecado: del pecado destructor de la dignidad humana. Nos liberamos por la participación en la vida nueva que nos trae Jesucristo y por la comunión con El, en el misterio de su muerte y de su resurrección, a condición de que vivamos ese misterio en los tres planos ya expuestos (la relación del hombre con el mundo, como señor; con las personas, como hermano y con Dios como hijo (Cf. n. 322), sin hacer exclusivo ninguno de ellos. Así no lo reduciremos ni al verticalismo de una desencarnada unión espiritual con Dios, ni a un simple personalismo existencial de lazos entre individuos o pequeños grupos, ni mucho menos al horizontalismo socio-económico-político” (n. 329)

(10). Por otra parte, no podemos olvidar el hecho de que en Latinoamérica, en buena parte, el pecado en cuestión afecta a *bautizados*. No es simple ignorancia de Cristo y de sus exigencias evangélicas, sino también infidelidad a dimensiones concretas de su compromiso bautismal. Entonces, la eucaristía de Puebla, no puede menos de tener esa relación expresa con el sacramento de la *penitencia* que ha puesto tan de relieve Juan Pablo II en su Encíclica *Redemptor hominis* (n. 20; cf. Puebla n. 951).

Eucaristía en perspectiva pascual, sí pero con un acento de cruz que sitúa nuestro dinamismo de comunión-participación liberadora bajo el signo del *sacrificio* en su acepción estrictamente cristiana. Ello quiere decir, ante todo, como rechazo efectivo de todo absoluto distinto del Padre de Nuestro Señor Jesucristo (cf. nn. 491 a 506). Y por lo mismo también sacrificio como renuncia y mortificación a sí mismo (a nivel individual y grupal), para vida de los otros. Sacrificio, pues, al Padre, que se realiza ahora, para nosotros, en el sacrificio por el hombre: "Tomad y comed mi cuerpo". Sacrificio, en fin, como un asumir también el dolor y la austeridad, en una civilización del placer

y de la abundancia. No ya por masoquismo o por sometimiento fatalista al mal no combatido, sino como seguimiento de Jesús por los caminos del Padre en el despojo y la oscuridad de la cruz. En una palabra, eucaristía en la que el sacrificio originante de Cristo, asumido en la propia vida, resulta siendo sacrificio nuestro consecuente, por participación y comunión.

Eucaristía, en fin, de acento *eclesial*. No sólo por exigencia intrínseca del sacramento mismo, sino también porque la presencia viva de Jesucristo, que se significa en la eucaristía (n. 196), "en el sentir de nuestro pueblo, va inseparablemente unida a la de la Iglesia" (n. 221). Verdad es que en el texto más directamente pertinente la relación eucaristía-Iglesia se ha limitado a su significancia de la realidad más profunda de la unidad eclesial (n. 246) y a su referencia esencial al carácter jerárquico de la misma (n. 247). Pero si vamos más allá de los textos explícitos, constatamos también que, de tal manera se concibe la Iglesia en términos afines a la eucaristía (cf. vgr. n. 227), que ésta a su vez no puede menos de comprenderse, en forma preeminente como signo de esta Iglesia. Por lo demás, en esta eclesialidad de la

(10) Para comodidad del lector interesado en ello, y dada la dificultad práctica para hacerse al Documento de Trabajo, transcribimos íntegros los dos números que especifican la eucaristía desde nuestro contexto social: DT n. 370 (Brasil 19): "Al celebrar este sacramento, el Pueblo de Dios marcado en A.L. por el sufrimiento que necesita liberación, celebra por anticipado "la victoria y el triunfo de la muerte de Jesús" (SC 6) e implora fuerzas para superar el pecado de injusticia y la violencia que rompen la armonía de la convivencia social. Al celebrar la Pascua del Señor, pasa de la muerte a la vida, del cansancio al servicio; entra en comunión vital con Cristo (Jn. 6,56-57) y a través de El, con el Padre en el Espíritu Santo. Esta comunión lo compromete a vivir en comunión con todo el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, sobre todo con los pobres, con los desamparados, a quienes ama y sirve (cf. Hech. 2,42-27)". Y así mismo el n. 371 (México 25): "En la eucaristía quedan asumidos los sufrimientos y las muertes del pueblo latinoamericano para nacer a una vida nueva. La Eucaristía, pues, como actualización de la Pascua en el hoy y el aquí de nuestro acontecer humano; como realidad y proclamación de Cristo, muerto y resucitado, siempre presente hasta el final de los tiempos, se torna fuente y energía de liberación cristiana, alimento de la unidad ya existente y proyectada en perspectiva escatológica. Por todo esto, la Eucaristía es una fiesta. Cf. Lc. 22, 14-10".

eucaristía al Padre, por N.S. Jesucristo, se pone de manifiesto también su carácter *pneumatológico*. No es acaso el Espíritu "principio invisible de (esa) unidad y comunión" en la multiplicidad de las funciones y carismas (n. 638), que se significa en la eucaristía (n. 246)? No es ésta, a nivel sacramental, "sello de la Alianza" que Latinoamérica sólo puede renovar ahora y vivir con la gracia del Espíritu (cf. n. 200)? En todo caso, una Iglesia que se complace en reconocerse como Familia de Dios (nn. 238-249) bien puede apropiarse la comprensión de la eucaristía que se logra en Puebla desde esa iglesia doméstica que es el hogar cristiano (n. 589): "En la eucaristía la familia encuentra su plenitud de comunión y participación. Se prepara por el deseo y la búsqueda del Reino, purificando el alma de todo lo que aparta de Dios. En actitud ofe-rente, ejerce el sacerdocio común y participa de la eucaristía para prolongarla en la vida por el diálogo en que comparte la palabra, las inquietudes, los planes, profundizando así la comunión familiar. Vivir la eucaristía es reconocer y compartir los dones que por Cristo recibimos del Espíritu Santo. Es aceptar la acogida que nos brindan los demás y dejarlos entrar en nosotros mismos. Vuelve a surgir el espíritu de la Alianza: es dejar que Dios entre en nuestra vida y se sirva de ella según su voluntad. Aparece, entonces, en el centro de la vida familiar la imagen fuerte y suave de Cristo, muerto y resucitado". (n. 588).

5. Consecuencias litúrgicas y Pastorales

En la medida en que la existencia cristiana y la vida eclesial en latinoamérica se vayan impregnando del espíritu de Puebla, irá surgiendo sin duda una legítima peculiaridad latinoamericana de nuestra eucaristía católica. En qué forma las características culturales de América Latina (sus valores como mediación posible, sus desvalores como denuncia y rechazo) sellarán la comprensión y praxis de la eucaristía entre nosotros? Qué actitud, qué reflexión, qué esfuerzo de integración crítica, qué implementación catequética y litúrgica merecerá entre nosotros lo "religioso", como mediación popular de la fé eucarística? Qué presencia tendrá, en fin, el compromiso social liberador en nuestra celebración eucarística, y qué influjo ejercerá ésta en los objetivos, en los medios e incluso en el estilo de acción latinoamericana por una liberación como convivencia humana, digna de hijos de Dios? (n.491). Qué opción deberá inspirar frente al uso y al abuso de la violencia, esta "Sangre derramada", afirmación cumbre del poder activo de la pasividad responsable ante la fuerza; o si se quiere extremar la paradoja, de esta *violencia de los pacíficos*?

La extensión, ya desmedida, de este artículo programático no nos permite extendernos suficientemente en aquello hacia lo cual tiende todo lo anterior, a saber: la implementación litúrgica y pastoral de

una eucaristía desde Puebla. Por otra parte, es aquí donde el teólogo debe ceder la palabra a otras funciones y carismas eclesiales, al catequista, al liturgista, etc. no menos que a los cultivadores de las ciencias del hombre desde esta perspectiva y al servicio de la fé. Bástenos, pues, por el momento señalar cuando menos algunos items de este proceso deseable de renovación eucarística entre nosotros.

a) Insistimos de nuevo en la importancia evangelizadora de la eucaristía para una Iglesia que asume la identidad y la misión que se le proponen en Puebla (cf. nn. 938-939).

b) Pero ello mismo plantea en forma ineludible una tarea de renovación eucarística, por iniciativa y bajo la dirección de la Jerarquía, que inutilice en forma creativa y participante la plaga de los "espon-táneos".

1"- En primer término, a nivel catequético. No sólo en relación con los jóvenes, sino también con los adultos. Sin soslayar, en el caso de éstos últimos, la tarea suplementaria de proponer esta peculiaridad nueva no ya como ruptura, sino como encarnación actual, legítima, de la misma eucaristía tradicional en la que fueron evangelizados antes, y que hasta ahora han vivido y celebrado con mayor o menor fidelidad.

2"- Así mismo a nivel de lenguaje. No sólo en cuanto a la palabra, sino también en cuanto a la forma concreta latinoamericana que podrían tomar los símbolos rituales propios de la catolicidad al interior

de nuestras culturas propias (cf. nn. 940-943-948). Especialmente en atención a "los grupos étnicos y al pueblo sencillo (grupos populares)" Con ello, en manera alguna estamos prohiendo un esoterismo particularista, ni mucho menos una ruptura con la gran tradición latina de nuestra ritualidad. Se trata más bien de conservarla viva en nuestra legítima particularidad eclesial. Siempre por tanto dentro del horizonte normativo de nuestra ritualidad católica, que señala también los parámetros y los límites con miras a una comunión y participación universales. Realidades plenamente eclesiales como el rito ambrosiano o el mozárabe por qué habrían de permanecer entre nosotros como piezas, en cierto modo, de museo; testigos de una pretérita y sobrepasada (por qué?) particularidad al interior de la catolicidad e incluso de la latinidad?

3"- Se impone también una sana integración en la catequesis y en la praxis litúrgica eucarísticas, del compromiso eclesial por la liberación y promoción humana de pobre; por la construcción de una sociedad pluralista; por la acción eclesial en defensa de la persona. Con prestancia suficiente, pero "sin instrumentalizaciones de la Liturgia, ajenas a su naturaleza, sin arbitrariedades y espontaneísmos" (n. 940).

c) Este proceso nos llevará sin duda a afrontar y a resolver en el espíritu de Puebla, otros problemas que plantea la situación latinoamericana, entre otros:

1"- La apropiación crítica, pero cordial y sobre todo creativa de los

usos populares en torno a la eucaristía. Vgr. la promesa, la fiesta, la peregrinación, la procesión, la vela-
ción nocturna (n. 945).

2"- La diversificación legítima, y a las veces quizás necesaria, dentro de un esquema unitario, de los tipos de celebración, en correspondencia a las necesidades y a la condición propia de los diversos ámbitos posibles. Vgr. la eucaristía parroquial, doméstica, veredal, urbana o campesina, de comunidad eclesial de base o de gran convocación eclesial; en fin, la misa por transmisión radial o televisada (n. 949).

3"- La puesta en vigor de la funcionalidad eucarística de algunos ministerios no-jerárquicos (cf. n. 944). Salvaguardar, sí, la especificidad eclesial católica del obispo y del presbítero, pero tampoco sacri-

ficando la participación activa de los demás miembros de una Iglesia que vive y celebra en la eucaristía la multiplicidad orgánica de sus funciones y carismas. Pensamos sobre todo en la manera de proveer de alguna forma de eucaristía (fuente y cumbre de la vida cristiana) a las amplísimas zonas de una eclesialidad campesina que no tienen en su vereda, e incluso en su pueblo, al presbítero con la frecuencia mínima deseable. Pensamos que ello implica una teología renovada de la Santa Reserva, el Santísimo, y una elaboración litúrgica apropiada de los usos eucarísticos sin celebración de la Santa Misa. Vgr. liturgias de comunión sacramental.

Tal es el desafío y también la esperanza que Puebla nos entrega para una eucaristía hoy en nuestra América Latina.